

El rector Mayz Vallenilla, jardinero de los Estudios Generales

Por Prof. Joaquín Marta Sosa
exdecano de Estudios Generales

El sello que demarcó la naturaleza de la “Simón Bolívar” desde su fundación fue el de los Estudios Generales. También, pero en un grado distinto y con menos novedad, la excelencia académica y la exigencia de contar con estudiantes que asumieran su formación con responsabilidad inalterable.

Esas pautas que han sido definitivas para el destino de la universidad, se marcaron gracias al rector Mayz Vallenilla, y no como resultado de un rapto genial, momentáneo, sino como consecuencia de su propia personalidad y de su formación intelectual y moral. Ya como profesor en la escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, se ocupó de enseñar entre los estudiantes de ingeniería una asignatura de humanidades capaz de dotarlos de un sentido valorativo de la vida, de los compromisos éticos e intelectuales que inevitablemente acarrea. Y para los estudiantes de derecho fundó y mantuvo durante varios años un seminario sobre el sentido y la naturaleza de la universidad en el cual, dicho de paso, tuvo como discípulos a algunos de los que luego ejercerían el profesorado en Estudios Generales.

Subrayo, entonces, que antes de llegar a Sartenejas, el rector Mayz Vallenilla, ya había meditado con rigor y escrito sobre tres asuntos cruciales para nuestra sociedad: el poder (como sistema de dominio y enajenación), la tecno-ciencia (como el revulsivo fundamental de la cultura y el devenir de la humanidad contemporánea) y la universidad (como epicentro posible de desarrollo de caminos posibles para las transformaciones humanizadoras de la vida social y política, mediante una formación dialogal que integrara destreza profesional, cultivo de la razón y la sensibilidad y conciencia ciudadana).

Gracias a esas reflexiones que llevó adelante por años, tanto en su trabajo docente como en la formación de diversos grupos de discusión que tenían a su casa y su voz como espacio de convocatoria, la rectoría lo encontró con un buen equipaje de ideas y proyectos que, desde los meses previos a la apertura oficial de la universidad, se dedicó a discutir con los profesores y, con estos, a cristalizar en programas.

En aquellos años venezolanos Mayz Vallenilla fue con toda probabilidad el rector con mejor, más sólida, más coherente y más culta formación intelectual y universitaria, y promovió en el claustro académico una discusión a fondo de sus ideas para la nueva universidad. Una de ellas, acaso la más característica de todas, fue la puesta en marcha de los Estudios Generales y la paulatina definición de sus rasgos vertebradores.

Comenzó por fijar qué no debían ser. Ni propedéuticos (preparar para las carreras), ni remediales (limar las carencias educacionales del estudiante que ingresaba), ni erudicionistas (llenar la formación “humanística” de cultismos buenos para presumir pero inútiles para las exigencias de la vida humana). Y a partir de ese despejamiento de campo, de ese “partir las aguas”, abordaba aquello en que debía consistir la educación en la zona crucial de los Estudios Generales.

El punto de partida, no aceptado de buena gana por todo el mundo, fue que ellos debían recorrer el trayecto total de todos los estudiantes, desde el momento de su ingreso hasta el día de la graduación. No podían reducirse a un momento del recorrido universitario sino acompañarlo hasta el final, lo cual suponía que su presencia no sólo en los trimestres de estudios básicos sino también en los de estudios profesionales.

La idea que legitimó esta decisión consistía en que en la USB no sólo se formarían científicos y tecno-profesionales de alta calidad sino algo mucho más importante: cada uno de ellos debía formarse y asumir una conciencia activa y creadora de lo que significan los desafíos diversos implicados en el hecho mismo de vivir, de hacerlo en una sociedad y en un tiempo determinados, y así contribuir al sostenimiento y expansión de los valores democráticos del civilismo, el republicanismo, la no violencia, la institucionalidad, la preeminencia de la sociedad civil por sobre el estatalismo, el rechazo a toda forma de hegemonismo o totalitarismo o autoritarismo. A fin de cuentas, se trataba de remozar y darle vida a la vieja idea helénica de convertir a los ciudadanos en los ejes centrales de “la polis”, es decir, del lugar de convivencia y relación de las gentes (ciudad, país, región) y de construcción de su destino posible.

De esa manera, el ideario conceptual de Mayz Vallenilla no se constreñía, como algunos creyeron, a “barnizar de cultura humanística a un tecno-científico”, sino a evitar que se convirtiera en un tecnócrata rampante sin noción de los valores, o en un simple *tecnita* reproductor mecánico de destrezas. Para él, insistió una vez y otra, no se trataba de hermanar “ciencia y humanismo” sino de entender que en el mundo contemporáneo la ciencia es parte vital del humanismo, es decir de las condiciones humanas del vivir. La reflexión y la investigación científica, así como los desarrollos tecnológicos, enmarcan y condicionan la existencia de cada una de las personas que pueblan y poblarán nuestro planeta. De allí la importancia de que los saberes científicos y los humanísticos (donde se incluían los sociales) se nutran mutuamente, no marchen en paralelo sin encontrarse nunca, o sólo se comuniquen en algunos momentos más o menos fugaces.

Esa aparejaba como consecuencia la apertura de condiciones para que aparezca y se expanda una conciencia cultural capaz de navegar en la inter y multidisciplinaridad, con fuerza capaz de romper las fronteras entre el meditar científico y el humanístico y social (filosófico, literario, político, artístico...), hasta convertirlos en componentes que no pueden serle sustraídos a la educación de las personas, menos aún en el rango de la universitaria. Por tanto, al tratarse de una educación para estimular la reflexión crítica, asociada a los valores que promueve el humanismo, es decir, a la consideración de la persona como centro y eje de la historia en cada sociedad, al valor intrínseco de la libertad como ejercicio inalienable y a la conducta fundada en los valores y principios exigidos por la ética del pluralismo y la convivencia, debe aclarar y desvelar aquellas actitudes y poderes que son los inevitables enemigos de esa educación profunda e incondicionalmente formativa.

En las discusiones que el rector Mayz Vallenilla promovió entre autoridades, profesores y estudiantes a lo largo de sus años como rector, entre los adversarios más pertinaces de los Estudios Generales se fueron delineando los siguientes:

- el *dogmatismo* (el pensamiento que no piensa, que todo lo propone desde verdades que presenta como indiscutibles), que debía enfrentarse con el pensar libre, el que exige la razón ilustrada como sustento para admitir o rechazar proposiciones o valores;
- lo *consabido* (hacer las cosas como siempre se han hecho y suponer inmodificable ese quehacer rutinario) al que debe oponerse la reflexión y el quehacer ejercitados en la creatividad, en la idea de que lo propiamente humano son los cambios, las transformaciones, no el inmovilismo y la congelación;
- las *imposiciones* (el pensamiento propio de las ideologías y del integrismo religioso, entre otras fuentes, que nos propone lo mismo que ofrecía una empresa de publicidad: “permítanos pensar por usted”, con lo cual cada persona

pierde con esa delegación del pensar su autonomía intelectual y espiritual), a las cuales ha de contraponerse la decisión y voluntad, propia de la ética práctica, de no sucumbir a las alienaciones ni a ningún otro factor que pretenda mutilar la posibilidad de pensar con cabeza propia, con razones construidas por el deliberar sin trabas ni pesos muertos que lo aplanen o lo aplasten.

De allí que, desde la perspectiva de formar profesionales en tecnologías y ciencias, los Estudios Generales tienen la función esencial de contribuir a que ingenieros, biólogos, físicos, matemáticos, químicos sean ante todo ciudadanos, cuya educación tecno-científica se integre y forme parte indivisible de los valores propios de la humanización constante y creciente de esa persona que es, además y de modo complementario, profesional, pero a quien su profesión no es la que lo convierte en persona, lo es el tejido de valores desde el que actúa de un modo abierto a la multiplicidad propia de la existencia social, con una mentalidad ajena al amurallamiento, desde un espíritu solidario y cooperativo, y una asunción de la responsabilidad indelegable de “ser sí mismo” pero articulado a los encuentros de lo comunitario, allí donde se configura a plenitud su “estar en ciudadanía”.

En esa línea conceptual resulta imposible separar en estancos comunicados la educación tecno-científica y la formación humanista y social, muy por el contrario: la ciencia es hoy, afirmaba el rector Mayz, un componente central de cualquier proyecto histórico decididamente orientado a humanizar la vida de personas y sociedades. El pensamiento humanista y social moderno no puede prescindir de los avances de la tecnociencia, pues estos configuran parte de sus instrumentos fundamentales para “pensar” la reconfiguración, reforma, cambio la vida social para ir la acercando a lo largo del tiempo, de pasos adelante y pasos atrás, de vacilaciones y afirmaciones, a un existir humano cada vez en más habitable, cooperador, amable, vivible.

Dicho postulado no fue en el rector Mayz Vallenilla un dato puramente ideal o teórico, él mismo se implicó a lo largo de su vida en las contingencias políticas, no siempre con los resultados que deseaba (situación frecuente en quienes carecen de los hábitos pragmáticos y de las costumbres implacables de la vida política real, cotidiana), pero en cada caso su inmersión en la política militante, a pesar del desencanto o de la frustración, tuvo por norte el de apoyar las opciones en las que presumía mejores recursos para renovar a fondo al país.

De allí que, en paralelo, señalara con insistencia que el pensamiento tecnológico y el científico jamás deben poner de lado que están al servicio de las necesidades humanas que son las de saber más y mejor, las de progresar más y mejor, las de interactuar comunitaria y solidariamente más y mejor, a sabiendas de que nunca poseerá el bálsamo para resolver de una vez y para siempre los problemas y urgencias de la gente y de su vivir concreto, que cada solución a un problema o a una deficiencia trae consigo, es la inevitable dialéctica de la historia, nuevos retos, distintos desafíos, nuevas interrogantes.

Se quería decir, en contra de las ideologías dogmáticas, totalitarias y milenaristas que cree tener el remedio definitivo para alcanzar el paraíso en la tierra, que la historia humana es una larga e incansable marcha donde cada solución plantea nuevos retos, donde cada verdad está acechada por su negación, donde la posibilidad de conocer, saber, crear y construir es una tarea sin fin, donde el futuro nunca es un *por-venir* sino siempre un *por-hacer*. Y debe ser aquí donde los Estudios Generales fertilicen de arriba abajo toda la educación universitaria contemporánea.

Por tanto, sus diversos programas y asignaturas, deben inscribirse en un impregnar toda la formación profesional (técnica, científica, tecnológica) con el espíritu ilustrado del

humanismo, es decir, con lo que humaniza (y no cosifica), con lo que libera (y no aliena), con lo que innova (y no congela).

Si pusiera un ejemplo de nuestros días, en el que he pensado muchas veces con cierto estremecimiento en el alma, me remitiría a una noche aciaga, aquella del domingo 27 de mayo de 2007 cuando, a las 11:59 de la noche, por imposición del gobierno cesaron las transmisiones de RCTV, y de inmediato la pantalla fue ocupada por una orquesta interpretando el himno nacional como si estuviésemos en presencia de un hecho memorable y no ante la afrenta de un gobierno arbitrario y enemigo del pluralismo. La orquesta la dirigía Gustavo Dudamel, insigne músico y director formado en el sistema nacional de las orquestas juveniles. Estoy seguro de que si Dudamel hubiese pasado alguna vez por los Estudios Generales y dejando que estos permearan bien su mente y su espíritu, seguro que se habría negado a participar en un hecho tan absolutamente funesto. Dudamel es un músico de enorme estatura, pero esa noche estuvo muy por debajo de su responsabilidad ciudadana, la de rendirse ante el poder sino la de enfrentarlo con la libertad como batuta.

Apartándonos de ese caso y para acercarnos a sus significados desde la filosofía que impregnó y que debe impregnar siempre a los Estudios Generales, no cabe duda de que el profesional contemporáneo, ciudadano de nuestra sociedad, tiene que manejar con al menos una destreza básica los lenguajes fundamentales (el de la ciencia, el de la tecnología, el de las artes, el de la literatura, el de la filosofía, el del habla cotidiana) pues sólo de esa manera su sensibilidad y su intelecto serán capaces de nutrirse y de nutrir la dinámica de un tiempo sacudido por conflictos, transformaciones, demandas, posibilidades e incertidumbres como lo es este siglo.

Desde esa visión, los Estudios Generales en la estancia capital para contribuir a la formación de una ciudadanía culta, lo que no significa, subrayémoslo tanto como sea necesario, producir eruditos capaces de responder a las cien preguntas de un concurso que lo hará millonario, no, sino a otras interrogantes, las del vivir, las de las exigencias de su tiempo y de su sociedad, cuya respuesta no está en ningún libro y probablemente no sea una sino muchas. Una ciudadanía culta es aquella que tiene por hábito el del pensamiento crítico y libre, que posee los lenguajes esenciales y necesarios para hacerlo con modalidades innovadoras, y que no está dispuesta a “servir a cualquier postor” sino exclusivamente a las demandas de un uso responsable y lúcido de la libertad.

A esos muelles se puede arribar de muchas maneras, de allí que los Estudios Generales, en el pensamiento universitario del rector Mayz Vallenilla, podían destilarse en asignaturas desarrolladas de manera tradicional, pero también con otros modos de intercomunicación del saber: seminarios, talleres, integración de asignaturas y cualquier otra forma que pudiese emerger una experiencia educativa formadora y original.

Ahora bien, *al final del día* (como suelen decir ahora), los Estudios Generales necesitan un tipo de profesor distinto al docente tradicional de “digo y escuchen”, más bien dialogante; o diestro como el que más en una asignatura, la suya, pero completamente analfabeto cuando se lo aparta de ese territorio seguro pero enormemente limitado. El profesor de Estudios Generales tiene que ser un ciudadano culto, cultivado, en el sentido que hemos venido señalando, para quien los saberes conducen siempre a entender la existencia con la libertad y la pluralidad humana en el centro de ella. Pero también el estudiante debe contar con una disposición peculiar, la de ser una persona decidida a erradicarse de las ideas pre-establecidas, abierto al diálogo, a la discusión mutuamente enriquecedora, a la verdad como territorio no definitivo sino provisional, al título

universitario y a la profesión como logros que deben justificarse y enriquecerse con nuevas perspectivas día tras día.

En fin, tal como lo he venido recordando en esta suerte de “escrito de memoria” (donde junto con las ideas propias el rector he intercalado aquellas que emergieron comunitariamente en las discusiones con él, así como las propiamente mías) tanto para el rector Mayz Vallenilla como para los profesores Segundo Serrano Poncela (primer decano de Estudios Generales) y José Giménez Romero (primer decano de Estudios Profesionales), apoyos que fueron vitales para el proyecto USB forjado en Sartenejas desde finales de 1969, si la historia de la humanidad es la de irrupción de cambios sucesivos y a veces muy profundos, si la necesidad central de cualquier ser humano, sea cual sea su origen y profesión, es la de hacerse más humano y solidario a lo largo de todos los días de su vida, la universidad, y los Estudios Generales en particular, sólo tiene sentido si estimula la liberación (formar ciudadanos de conciencia autónoma) y no la alienación (personas de conciencia abolida), y lo hace en, con y por la libertad.

Gracias a ese sentido y propósito, los Estudios Generales han sido por décadas la marca legítima de la USB y, a la larga, otras universidades venezolanas, ninguna con la misma convicción y alcances, fueron aproximando sus programas al *corpus* y sentido de ese espíritu.

A esta altura es importante señalar que esa noción de finalidad creó, como consecuencia lateral, un tipo de movimiento estudiantil (se llamó *Fórmate* y *Lucha*) muy especial: sus dirigentes nunca dejaron de sentir que su papel social era el de estudiantes y, por tanto, su tarea era la de estudiar, aprender, formarse, sin que ello pusiese de lado o condujera a olvidar su responsabilidad y libertad ciudadana tanto en relación con el país como en sus vínculos con la comunidad universitaria. Así, desde los estudiantes usebistas se inició una auténtica revolución del movimiento estudiantil nacional: un dirigente estudiantil tenía la obligación de contarse entre los mejores estudiantes, esa era su obligación, sin encerrarse en Sartenejas como si fuese una torre de marfil incomunicada con el país y con el propio valle, sino abierto a todos los aires del país, en las buenas y en las malas. Y durante años fue así.

Recuerdo que cuando los atletas de la USB concurren por primera vez a los *Juvinés* (juegos universitarios nacionales de estudiantes), fueron recibidos con un pitada tan tremenda como injusta: se tenía por verdad que un estudiante de la Bolívar era una suerte de *nerd* a quien su país no le importaba en para nada, cuya meta era graduarse, ganar mucho dinero y enorgullecerse de una conducta ordenada, sin traspies.

Poco tiempo después, creo que en no más de un año, las delegaciones estudiantiles de atletas de la Bolívar comenzaron a ser respetadas, aplaudidas, y a permear con su ejemplo de “movimiento estudiantil de nuevo tipo” a todas, o casi todas, las universidades de Venezuela. Y en esa novedad algo influyeron los Estudios Generales: dirigentes estudiantiles que se graduaban con honores, que defendían la camiseta usebista en el campo de fútbol o de béisbol o en la pista de los cien planos o en las rutas que recorría el maratón, y también en las calles del país.

En suma, darle un centro a todo lo escrito, se me ocurre recordar que el primer rector de la USB, Ernesto Mayz Vallenilla, filósofo de vocación, formación y actitud, tenía una visión “desterritorializada”, al menos en cierta medida, de la realidad, de allí que, por ejemplo, privilegiara el latinoamericanismo (recordemos que la letra del himno de la universidad, escrita por él, alude a nuestra América y no a nuestra Venezuela) como

espacio más amplio y de encuentros más fecundos, donde también se apuntaba a lo que hoy es moneda corriente bajo el apelativo de “globalización”.

De igual manera se discutía mucho con él acerca de la imbricación del tiempo en la historia, y los concurrentes solíamos admitir que el pasado ya no está sino, acaso, en reflejos simbólicos (el lenguaje es el más importante de ellos, la historia también), o en la pervivencia de ciertos hábitos, pero ante todo se trata de un tiempo congelado; que el presente es absolutamente pasajero, es un tiempo fugaz, de paso, que sólo podía servirnos para ir modelando el futuro posible; y es el futuro, afirmábamos no sin alguna que otra vacilación, ese tiempo por venir, el que no aún no está aquí, el único en el que podíamos ejercer alguna influencia, y para eso es para lo que debíamos prepararnos y preparar a todo el que perteneciera a la comunidad universitaria: que el futuro no nos aguardaba en ningún lugar, él sería aquello fuésemos levantando desde el presente.

Así, los Estudios Generales debían servir para seleccionar los materiales en los que se afirmaría ese puente entre los tiempos: recoger lo que sólidamente restaba del pasado, amarlo e integrarlo en los ingredientes del presente para que el futuro estuviese más cerca de lo justo, de lo equitativo, y más lejos de la incertidumbre y de las hegemonías anti democráticas.

Esta visión no derivaba sólo de la conciencia filosófica del rector y de quienes discutían con él, sino de la responsabilidad política como conciencia ciudadana: al configurar los rasgos de nuestro tiempo estamos fijándole pautas a quienes habitarán el futuro, y lo menos que podemos hacer por ellos es legarle las fortalezas propias de la sociedad libre, de la democracia social y política y de la cultura nutrida en la diversidad, la multiplicidad y la pluralidad. Acaso sería esta, cavilamos en aquellas conversaciones, la finalidad última de los Estudios Generales.

Pero lo cierto es que el encanto y la seducción de los Estudios Generales consiste en que ellos se van haciendo con y en el tiempo, nunca están (ni estarán ni deben estarlo) definidos del todo sino en constante proceso de hacerse y deshacerse, justamente porque si quieren privilegiar la libertad, el espíritu crítico y creador, las potestades de la innovación y los cambios, tienen por sobre todo que ser espacios cuyos contornos y contenidos van y vienen según soplen los vientos de la libertad, las tormentas de la mentalidad creadora y los dones de la renovación constante, es decir, de todo aquello capaz de impedir que la realidad existencial sea dominada por ritos y mitos y se aleje de los que es la naturaleza misma del género humano: nada está ni dicho ni hecho de una vez y para siempre.

En suma, la USB es la universidad de los Estudios Generales, aunque no sólo es eso, y ellos han permitido a multitud de estudiantes y egresados ser algo más que buenos profesionales (que no resulta tan difícil), sino también ejercer como ciudadanos responsables, como personas dotadas de una conciencia autónoma que cuidan todos los días de su vida, y que generalmente saben que la política no es una profesión sino un deber que impone la ética de la solidaridad.

Sí, ya sé, no ha sido así en todos los casos ni siempre pero, creo poder decirlo, sí en la mayoría, y esto ya es un fruto inusual y de altísima magnitud que debe ser cultivado, cuidado y preservado como una profunda seña de identidad que a todos los usebistas nos incumbe y que el país sigue necesitando, hoy con enorme e inocultable premura y urgencia.

(Este texto es la versión escrita de lo que el autor, ex decano de Estudios Generales, dijera en el Paraninfo de la USB el jueves 25 de febrero del 2016, como parte del homenaje al rector Ernesto Mayz Vallenilla)